

La guerra global contra el terrorismo y el fin de Centroamérica⁴⁰

The Global War Against Terrorism and the End of Central America

A Guerra Global Contra o Terrorismo e o fim da América Central

Omar Santiago Herrera-Ramírez
Docente en Trabajo Social
Sede Occidente, Universidad de Costa Rica
Costa Rica

Recibido: 22 de octubre de 2016

Aceptado: 15 de diciembre de 2016

Resumen

Con la declaración de la *Guerra Global contra el Terrorismo* en el 2002, el gobierno estadounidense cambió su estrategia de intervención política, económica y militar hacia el resto del mundo y, particularmente, hacia Centroamérica, modificando en consecuencia la conformación espacial de la región. Análisis en este ensayo,

las principales políticas desarrolladas por el gobierno estadounidense hacia la región centroamericana en la década de los ochentas y noventas, las cuales generan una plataforma de preparación para esta guerra, con el fin de demostrar 1) cómo la Guerra Global contra el Terrorismo responde a la necesidad del capitalismo de contener los estallidos de crisis económicas



40 Este artículo, surge de una investigación más amplia titulada *Terror de Estado y Guerra Global contra el Terrorismo. Explicación sobre el origen y la constitución de leyes antiterroristas en Centroamérica entre el 2001 y el 2015*, la cual corresponde a mi trabajo final de graduación de la maestría en Estudios Latinoamericanos con énfasis en Cultura y Desarrollo del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica.

cada vez más prolongadas, mediante la guerra total y la constitución de un enemigo total: el terrorismo y 2) cómo Mesoamérica es construida como respuesta de los intereses geopolíticos y económicos estadounidenses actuales.

Palabras clave: Centroamérica, Mesoamérica, guerra, terrorismo, terror de Estado, Estados Unidos de América, geopolítica latinoamericana

Abstract

With the Global War against Terrorism, in 2002, the American government changed its strategy of political, economic, and military intervention toward the rest of the world, and, particularly, towards Central America, modifying, in consequence, the spatial configuration of the region. In this essay, we analyze the main policies the American government implemented in the Central America region during the 1980s and 1990s. These policies generate a preparation platform for this war in order to demonstrate 1) how the Global War against Terrorism responds to the capitalism's need to contain the bursting of ever more prolonged economic crises, through the total war and the constitution of a total enemy: the terrorism; and 2) how Mesoamerica is built as a response to the current American, geopolitical, and economic interests.

Keywords: Central America, Mesoamerica, war, terrorism, terror of State, United States of America, Latin American geopolitics.

Resumo

Discuto neste ensaio, as principais políticas desenvolvidas pelo governo dos Estados Unidos para a América Central nos anos oitenta e noventa, que geram uma plataforma de preparação para a guerra, a fim de demonstrar 1) como a guerra global contra o terrorismo atende a necessidade do capitalismo para conter surtos de crise econômica cada vez mais prolongado, por meio de uma guerra total e o estabelecimento de um inimigo no total: o terrorismo e 2) como Mesoamérica é construída em resposta aos interesses geopolíticos e econômicos atuais dos Estados Unidos.

Palavras chave: America Central, Mesoamerica, guerra, terrorismo, terrorismo do Estado, Estados Unidos da America, geopolítica da América Latina

Introducción

La Guerra Global contra el Terrorismo declarada en el año 2002 por el gobierno estadounidense mediante su Estrategia de Seguridad Nacional, reactualiza, profundiza y expande las acciones planificadas desde finales de la década de



los ochenta e inicios de los noventa en torno a la construcción de un *Nuevo Orden Mundial* (proyecto planificado por las administraciones gubernamentales de George H. W. Bush y Bill Clinton a partir del colapso soviético y la subsecuente reconfiguración de los patrones de poder internacional), cuyo avance se vio suspendido por la crisis de las empresas *punto.com*, como las denominó Harvey (2003), en el año 2001.

De esta manera, aunque dicha guerra contra el terrorismo hubiese sido declarada en los primeros años del naciente nuevo milenio, sus antecedentes y plataforma de surgimiento se extiende cuando menos a finales de la década de los ochenta como demostraré en el presente artículo, teniendo entre sus principales focos de generación a la región centroamericana.

Ahora bien, toda reorganización económico-política del capitalismo como sistema-mundo tiene por correlato una *revolución espacial*, en razón de la cual –será la tesis central a discutir en las dos partes que conforman este ensayo– Centroamérica en cuanto zona espacial sufre una importante modificación de sus tradicionales límites dar paso a una nueva región geopolítica denominada Mesoamérica.

Se examinará las políticas interpuestas por Estados Unidos como Estado *hegemon* de la política del sistema capitalista durante el periodo indicado y cómo a partir de estas se constituye el terrorismo como nuevo enemigo y se desarrolla una guerra total a fin de combatirlo. En un segundo momento de este análisis, se estudiará al fenómeno que he denominado *fin de Centroamérica*, el cual es resultado del proceso de revolución espacial detonado y demarcado por las relaciones geopolíticas y económicas contemporáneas impresas por la dinámica actual del metabolismo social del capital en el nivel internacional, de la mano de las políticas de Estados Unidos.

La guerra ha muerto: ¡larga vida a la nueva guerra!

La economía de guerra es una economía improductiva, sin embargo existe y es necesaria para el capitalismo. Sirva esta premisa para detenerme en el examen de la razón socio-histórica de producir una guerra total contra el terrorismo a escala planetaria por el gobierno estadounidense en la actualidad.

La insoluble contradicción entre capital/trabajo, núcleo crítico del metabolismo social del capital, una vez llegado a su fase imperialista, produce efectos globales debido a la interconexión y dependencia entre



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
SinDerivadas 3.0 Costa Rica

las distintas economías nacionales – aunque de forma desigual– hace que la guerra se convierta en el punto de lanza del incremento y estabilización relativa de las rentas nacionales de los centros del capital, en medio de ciclos críticos cuyo tiempo de aparición se acorta en relación inversa al incremento de la prolongación de cada crisis, produciendo cada vez con mayor consistencia y constancia un marco de crisis permanente.

Es decir, si una crisis económica con impacto internacional se convierte en permanente, la guerra lo será también. En efecto, la razón objetiva central es la recién expuesta, pero también es posible identificar cómo a lo largo del siglo XX los principales progresos tecnológicos son subproductos de los avances desarrollados por la industria militar. Asimismo, en medio de la disputa violenta por los espacios o zonas de comercio y colocación de mercancías (que han acarreado en tan solo un siglo dos guerras mundiales, sin contar la presente), la obtención de nuevas armas posee una función neurálgica, ya sea para: 1) disuadir al enemigo-par de un posible conflicto 2) entrar en una disputa militar abierta con el enemigo-par o 3) conquistar las zonas en disputa, que son por lo general Estados subordinados con una importante historia colonial.

Contraproducentemente, siguiendo el análisis de Dierckxsens (1994), aun cuando los productos bélicos son portadores de plusvalía y ganancia, estos ocasionan el problema de que en el ciclo de producción capitalista posterior al de su propia generación no aparezcan entre los medios de producción que permiten renovar o ampliar el proceso productivo, ni entre los medios de consumo o en la fuerza de trabajo, por cuanto su característica inmanente es la de destruir y autodestruirse.

Las consecuencias son negativas para la propia reproducción del capital, pues genera condiciones constantes de crisis estructurales:

La circulación de mercancías tiende a acrecentar la masa monetaria pero no así los productos para el consumo (privado o no), lo que contribuye a una inflación más o menos permanente. Es más: por su contenido, las armas y los medios de destrucción general conducen, por medio de diferentes ciclos de producción, a una reproducción limitada. Esto hace declinar la tasa de inversión de la producción civil, y por ende, afecta el crecimiento económico y contribuye a una tendencia recesiva. (Dierckxsens, 1994: 24)



Ante la incapacidad del sistema capitalista de solucionar efectivamente dicha contradicción, la dinámica global-sistémica se aprisiona así misma en un vaivén permanente (aunque no puede serlo por siempre), que oscila entre el propiciar importantes niveles de crecimiento económico a partir de la producción y venta de productos militares y la consecuente generación de profundas crisis de recesión de efectos devastadores para la mayor parte de la población nacional e internacional del orbe.

Ahora bien, aparejado a su función económica, la guerra posee una importante función social-política, en la medida que, el ejército, la policía y la totalidad de los aparatos y complejos represivos sostienen el sistema de producción en su conjunto y contribuyen indirectamente a la producción y reproducción de plusvalía. Esta función emerge con mayor diafanidad en los escenarios de crisis y revueltas populares, en la medida que son estos aparatos e instituciones los que palean los conflictos inmediatos entre actores en disputa por medio de la fuerza y la violencia.

Bajo estas coordinadas es posible comprender por qué aun con y después de la firma de los Acuerdos de Paz de Esquipulas I y II a finales de los años ochenta, Estados Unidos diseñó una nueva estrategia de intervención en América Latina (con implicaciones específicas para Centroamé-

rica) contenida en los documentos Santa Fé I (1980) y Santa Fé II (1988), donde el segundo proyecta una nueva guerra e intervención para la década de los noventa en la subregión.

La antesala de una nueva guerra

Las palabras iniciales del documento Santa Fé I consideran la presencia factual de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) como enemigo material y del comunismo como enemigo total y, por ende difuso, y cuasi-religioso (una representación ideológica del Mal) que ha penetrado en América Latina, para orientar la estrategia político-económico-militar de control e intervención de la región: “El continente americano se encuentra bajo ataque. América Latina, la compañera y aliada tradicional de Estados Unidos está siendo penetrada por el poder soviético.” (Bouchez, Fontaine, Summer, Lewis, Docsai, 1980: 1).

El colapso del bloque soviético urge a la reconfiguración del enemigo de turno. Dicho lugar lo ocupará el terrorismo hasta nuestros días.

Apenas un año después de la firma del Acuerdo de Esquipulas II, fue redactado el *Documento Santa Fé II. Una estrategia para América Latina en la década de 1990*. La guerra en Centroamérica había muerto, pero una nueva guerra, que se



prolonga hasta nuestros días, tomaría su lugar como modo de regulación de los conflictos en América Latina, de control de las zonas de interés de Estados Unidos y de legitimación de un orden unipolar en el nivel mundial.

Las primeras líneas del documento indican: “Las Américas aún son objeto de ataque. Advertimos este peligro en 1980. El ataque se manifiesta en la subversión comunista, el terrorismo y el narcotráfico.” (Bouchez y otros, 1988: 1). Esta vez el enemigo es un monstruo con tres cabezas, cuyo poder se extiende por toda América Latina: “La red comunista subversiva y terrorista se extiende desde Chiapas en la parte sur de México hasta Chile, haciendo toda la costa del Pacífico, al sur del Río Grande, un escenario de conflicto abierto.” (Bouchez y otros, 1988: 1)

El planteamiento base del imaginario moderno sobre la constitución de la sociedad civil consiste en la existencia de un estado de naturaleza que potencia a su vez un estado de guerra; el tránsito a las sociedades civiles y políticas permite salir de dicho estado. Ahora bien, quien transgrede los marcos normativos de la sociedad civil se posiciona en estado de guerra frente a ella y por tanto, en la tesis de Locke, debe ser castigado (incluso con la muerte), pero a diferencia de un simple acto de venganza, ahora

es la sociedad política completa la que se posiciona en estado de guerra frente al enemigo: el Estado es el aparato que condensa la fuerza de los individuos para dicho castigo.

El que Estados Unidos constituya permanentemente un enemigo para América Latina, hace que esta se encuentre en un permanente estado de guerra; sin embargo, como los Estados latinoamericanos no cuentan con el poder para combatir a dicho enemigo, se legitima y justifica la intervención estadounidense en la región.

El tránsito desarrollado a lo largo de la década de los ochenta para esta nueva coyuntura es explicado de la siguiente manera:

Esta amenaza terrorista subversiva no disminuyó, sino creció en la pasada década. Nicaragua y Cuba, Estados satélites de la Unión Soviética en el Hemisferio, se han involucrado en el narcotráfico y establecido relaciones posiblemente dominantes y de cooperación con la mafia que se dedica a las drogas en Colombia. (Bouchez, Fontaine, Summer, Lewis, Docsai, 1988: 2)

Aun cuando explícitamente se mantenga la paranoia anticomunista soviética situada en una Nicaragua y Cuba políticamente sobredimensionadas, se genera



un desplazamiento espacial que enrumba la geopolítica imperial: a través del narcotráfico, el epicentro es definido en Colombia, único país donde subsisten movimientos guerrilleros en América Latina hasta la fecha y que, por tanto, constituiría el punto de concentración de la amenaza generada por el enemigo.

Por eso en 1986, según Bowden (2001), Estados Unidos declaró la guerra contra el narcotráfico en Colombia mediante la Directriz 221, señalando el tráfico de drogas como amenaza a la seguridad nacional y delimitando, a su vez, la frontera sur que protegería una de las zonas de mayor importancia para los planes del imperialismo de las próximas décadas: Mesoamérica.

De esta manera, la lucha contra el narcotráfico, particularmente en América Latina, y la lucha contra el terrorismo, en el ámbito mundial, pasarán a ser los nuevos componentes de la política de seguridad hemisférica estadounidense y los justificantes de cualquier invasión desde 1990 hasta la actualidad.

No obstante, como se señalará más adelante, a finales de la década de los noventa, el gobierno estadounidense fundirá el narcotráfico con el terrorismo y producirá un nuevo enemigo más acorde a su política de Guerra Global contra

el Terrorismo para el nuevo milenio: el *narcoterrorismo*.

De forma paralela con este marco de definición del nuevo enemigo y la nueva guerra, la utilización a lo largo del documento de Santa Fé II de fenómenos como la inmigración de latinoamericanos hacia Estados Unidos y la debilidad de las estructuras democrático liberales de los gobiernos de la región, fungieron como recurso de legitimación epidérmica o inmediata de la intervención militar, económica y política.

La ecuación final es la siguiente: América Latina se encuentra controlada por el comunismo, el terrorismo y el narcotráfico porque no posee estructuras democrático liberales sólidas que le permitan combatirlo (en las décadas siguientes esta noción se convertirá en el ideologema del Estado fallido) lo cual provoca, a su vez, una oleada fuerte de inmigración de esos países hacia Estados Unidos (nación tradicionalmente racista y xenofóbica) debido a que el comunismo-narcotráfico-terrorismo empuja a la población a huir de sus países.

Así, la seguridad estadounidense se encuentra doblemente afectada por los migrantes y por los comunistas-narcotraficantes-terroristas. De ahí que se deba intervenir en las estructuras políticas de



los países latinoamericanos ya sea directamente (Colombia y México) o indirectamente a través de vías de presión económica desde los organismos financieros internacionales.

En efecto, este entramado ideológico-político se convierte en la mampara del gobierno estadounidense para repuntar su economía tras varias décadas de debilitamiento y crisis, ahora sin un competidor real. La reconfiguración de las relaciones de poder y de la geopolítica internacional potencian a su vez las reconfiguraciones de los mercados internacionales y la posibilidad de reactivar la economía.

Guerra y crisis en los noventas: las bases de la Guerra Global contra el Terrorismo

Entre las transformaciones estructurales y estratégicas que desarrollaron los centros del poder económico mundial, siguiendo a Petras y Veltmeyer (2003), se tiene: 1) la creación de un nuevo sistema de producción global y nueva división internacional del trabajo, 2) la incorporación de nuevas tecnologías, 3) la constitución de un nuevo modo de acumulación de capital y 4) la reforma política y ajuste estructural. Todos estos puntos son retomados en la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002 de la administración de George W. Bush.

En razón de lo anterior, a lo largo de la década de los noventas, el programa económico político neoliberal -que durante las décadas de los setentas y ochentas fue implementado y difundido por todos los países de América del Sur, gracias a la brutal contención sociopolítica desarrollada por las distintas dictaduras militares establecidas por Estados Unidos fue desarrollado en todos los países centroamericanos, los cuales, para ese momento, gracias a los Acuerdos de Esquipulas, habían dejado de contar con una base política popular sólida y significativa para resistir este nuevo embate de las élites empresarial-oligárquicas de la región y del gobierno estadounidense.

Los estudios de Hinkelammert (1988) y Dierckxsens (1994) demuestran cómo a partir de 1982 la crisis económica se agudizó en toda América Latina (ejemplo de ello es Costa Rica, durante la administración de Rodrigo Carazo y Nicaragua bajo el gobierno sandinista) debido al cobro de la deuda externa, la cual, como indica Hinkelammert, crece en el periodo de 1982 a 1986 un 33 %, ocasionando en una balanza comercial negativa en todos los países centroamericanos y la imposibilidad de éstos para pagar inclusive los intereses respectivos en términos netos.



Bajo este clima de presión y control son impuestos los programas de ajuste estructural como forma de dismantelar los Estados-nacionales para subordinarlos al dominio de los organismos financieros internacionales y de los intereses económico-comerciales de Estados Unidos, así como para eliminar cualquier potencial foco de resistencia popular, lo cual le permitiría a este, establecer el marco de condiciones necesarias para desarrollar la nueva etapa de dominación.

Cabe destacar que, como parte de nueva oleada de expansión y re-control territorial, las fuerzas armadas estadounidenses invadieron, en este periodo, al Estado de Panamá con el objetivo oficial de arrestar al entonces presidente Manuel Noriega, quien en 1984 había conseguido cerrar la Escuela de las Américas y mantenía un posición de rechazo de las políticas estadounidenses. Por medio de un amplio despliegue militar, se realizó un golpe de Estado garantizando, con ello, el control del Canal de Panamá hasta el año 2000, fecha establecida en el tratado Torrijos-Carter.

Lo peculiar en este punto es que, a lo largo de 1980, la estrategia de intervención estadounidense se delimitaba con precisión a la región centroamericana, como bien puede apreciarse en el *Informe de la Comisión Nacional Bipartida sobre Centroamérica* (1984), cuyo foco de aten-

ción principal es el caso salvadoreño y, en segundo término, el nicaragüense.

Por el contrario, las acciones políticas, económicas y militares desplegadas a lo largo de los noventa, reflejan una visión de conjunto del territorio comprendido entre México y Panamá, al cual, bajo la vía político-militar, se suma Colombia, país que connota intereses afines, pero que también desempeña hasta nuestros días un papel imperioso en el control de los países suramericanos, principalmente sobre Venezuela, a partir del año de 1998 con el triunfo electoral del Partido Socialista Unido de Venezuela, PSUV.

El conjunto de procesos económicos, políticos y militares desplegados por Estados Unidos en los países que configurarán años más tarde la región mesoamericana, fue encubierto discursivamente bajo el ideologema de la democracia y del liberalismo como únicas formas posibles de organizar la vida social mundial contemporánea, tal como Francis Fukuyama (1989) publicitó a finales de la década de los ochentas, cuando anunció la supuesta muerte de todas las ideologías y la victoria final del liberalismo sobre todos sus contendientes.

En Centroamérica, este discurso fue adaptado y promovido por las élites empresariales-oligárquicas del área mediante la idea del *retorno de la democracia* una



vez firmados los Acuerdos de Esquipulas, con el fin de restringir el concepto/valor de democracia únicamente a gobiernos de tipo neoliberal y en consecuencia, denominar como *totalitarias* a todas las otras formas no-liberales de organizar la vida social-política de un Estado.

La otra herramienta principal para esta nueva cruzada colonizadora e imperialista estadounidense son los Tratados de Libre Comercio (TLC), que para el caso de interés, se materializan a través del *North American Free Trade Agreement* (NAFTA) negociado entre 1990 y 1992 y puesto en vigencia en 1994 por los presidentes Carlos Salinas de Gortari (México), Brian Mulroney (Canadá) y George H. W. Bush (1990-1993), primeramente, y después por Bill Clinton (1993-2001), y el DR-CAFTA (*Dominican Republic-Central America Free Trade Agreement*), que comenzó negociaciones en 2003 y entró en vigencia en años distintos en los países del área, prolongándose hasta el año 2007. Por su parte, los países suramericanos han tenido sus propios procesos, tanto de acuerdos bilaterales con Estados Unidos como de mecanismos de integración regional.

La alarmante rapidez de las negociaciones de estos procesos en Centroamérica y República Dominicana, en contraste con los países de América del Sur (las negociaciones con Chile por ejemplo,

se extendieron por un periodo de ocho años, comprendidos entre 1994 y el 2002), demuestra la capacidad de presión e influencia que el gobierno estadounidense posee en el área comprendida desde México hasta Colombia y, consecuentemente, el limitado marco de maniobra de los gobiernos locales para el control y dirección de sus propias relaciones comerciales internacionales y de autodeterminación.

Esta estrategia permite a Estados Unidos la transferencia de excedentes a América Latina, la cual retoma su papel de zona de inversión –en puntos focalizados y concentrados– pero incrementando la explotación de materias primas y fuerza de trabajo. La intervención de organismos internacionales financieros como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) controlados por/desde la Casa Blanca, desempeñan, en este sentido, un papel fundamental para dichas transferencias y el dominio-control-vigilancia sobre la circulación de capitales, la deuda externa y el *saneamiento* de las economías locales mediante la implementación de programas de ajuste estructural.

Ahora bien, si la promesa del progreso y el desarrollo se reactualiza con las firmas de paz en Centroamérica y el llamado *retorno a la democracia*, el resultado de las medidas implementadas para su supuesta consecución en los noventa,



ha provocado resultados completamente contrarios a los narrados en/desde el discurso oficial de los gobiernos derechistas latinoamericanos, como bien indican Núñez y Saxe-Fernández (2001) la intervención del FMI-BM ha provocado el debilitamiento del aparato productivo en la mayoría de los países latinoamericanos, a través de la cancelación de los programas de industrialización, la reorientación de la inversión pública al servicio del pago de la deuda externa y la desnacionalización y privatización de las principales fuentes industriales, agro-mineras e infraestructurales.

Algunos ejemplos de esta estrategia han sido la privatización de una importante cantidad de las instituciones y empresas públicas que siguieron al programa neoliberal aplicado en Chile y Bolivia durante la dictadura, así como el caso de Argentina (Carlos Menem), Venezuela (Carlos Andrés Pérez) y Perú (Alberto Fujimori). Todas éstas medidas ocasionaron a su vez *shocks* económicos semejantes a los de la década anterior, donde la inflación y los índices de precios crecieron de forma alarmante.

Los resultados en México fueron también aparatosos, como bien indica Saxe-Fernández (2001), pues el NAFTA generó desempleo y subempleo, polarización de los ingresos y el aumento sistemático de la frustración

social. No es de extrañar que Chiapas, una de las regiones más golpeadas por el desplazamiento de campesinos y expulsión de tierras para la explotación de sus recursos naturales convertidos en materia prima a lo largo de la historia mexicana, haya dado origen, con la agudización de la política de expansión imperialista estadounidense en ese país, al movimiento zapatista.

Por su parte, la permanente situación de pobreza y desempleo de los países del triángulo norte de Centroamérica (Guatemala, Honduras y El Salvador), se articula con un nuevo fenómeno: el surgimiento de las maras; producto de las medidas de cero tolerancia y deportación de migrantes en condición irregular en Estados Unidos, muchos de ellos, pertenecientes a grupos de pandillas organizadas de barrios empobrecidos de las grandes ciudades; ocasionando un éxodo masivo de jóvenes sin posibilidades ni medios de reproducción en sus países de origen y generando, como consecuencia el nacimiento de estos grupos organizados que incrementaron drásticamente hasta el día de hoy, los índices de violencia y homicidios en la región.

Paralelamente al surgimiento de este fenómeno, durante la primera mitad del siglo XXI ha habido un incremento significativo en los aparatos militares



y policiales de toda la región (en total contradicción con los acuerdos tomados en Esquipulas), a la vez que el discurso oficial de los gobiernos de cada país se centra en la tolerancia cero, la mano dura y la securitización-militarización del territorio.

En El Salvador, por ejemplo, la principal fuerza organizada para procurar el diálogo entre las *maras* y el gobierno para de obtener una solución por medio del diálogo a la violencia desmedida de ese país que genera cifras alarmantes de 14 a 16 asesinatos diarios, no es el gobierno sino el Iniciativa Pastoral por la Vida y la Paz (IPAZ), la cual reúne iglesias de distintas denominaciones. En contraste, los distintos gobiernos de turno (especialmente el de Sánchez Cerén en los últimos años) ha incrementado la persecución y encarcelamiento contra los altos mandos y mandos medios de las *maras*, provocando, contraproducentemente, mayores oleadas de violencia por parte de las bases sin control.

Honduras por su parte, inauguró bajo el Decreto 168-2013 la figura de Policía Militar, cuyos objetivos específicos se centran en la manutención de la seguridad nacional y el combate al terrorismo y el crimen organizado a lo interno del país en: barrios, colonias, espacios públicos o asentamientos humanos como hace constar el artículo 7 de dicho decreto.

Por otro lado, aunque Costa Rica no posee *maras* dentro de su territorio, el discurso de los medios de comunicación de masas y los aparatos policiales sobre la posible migración de mareros al país conjugado al narcotráfico, ha sido utilizado para aterrorizar a la población y justificar el incremento en los presupuestos en materia de seguridad durante las últimas cuatro administraciones gubernamentales, que pasaron de ₡37 598 107.901, en el 2003, a la alarmante suma de ₡237 000 000.000 en el 2015, según revelan los datos del Ministerio de Hacienda.

Ahora bien, la estrategia colonialista-expansionista se da en realidad en diferentes partes del orbe de forma simultánea y no solo en la región comprendida entre México y Colombia. Esto es importante de destacar puesto que, la Guerra Global contra el Terrorismo es efectivamente *global*; sin embargo, las formas de materialización y ejecución de la misma son particulares.

Ampliación del escenario y articulación con el mapa internacional

Siguiendo una de las dos tesis principales de este ensayo, importa destacar que el acontecimiento inaugural en la nueva década más significativo en el contexto mundial es precisamente una



guerra: la Guerra del Golfo en 1990-1991 para la expulsión de las tropas iraquíes de Kuwait con la Operación Tormenta del Desierto, amparada en la resolución 678 de Naciones Unidas, en razón de los intereses petroleros estadounidenses como resguardo de su principal proveedor.

A pesar del cese al fuego y las sanciones económicas interpuestas contra el Estado iraquí, bajo la administración de Saddam Hussein, y la consecuente crisis económica humanitaria que atravesaba el país ante la escasez de productos y servicios básicos como indica Leech (2007), Estados Unidos y Gran Bretaña mediante la operación Zorro del Desierto (fundamentada en la táctica militar *blitzkrieg*) realizaron numerosos bombardeos con misiles contra objetivos militares y civiles, bajo la excusa de no-cooperación del gobierno iraquí con la *United Nations Special Commission* (UNSCOM), justificación que se ampliaría hasta la declaratoria de guerra en 2003 y el derrocamiento de Hussein, acontecimientos estratégica y convenientemente ligados al atentado dirigido al *World Trade Center* en New York el 11 de septiembre del 2001. Todo ello, con objetivos geopolíticos y el interés económico de conquistar los recursos petroleros iraquíes.

Así, las guerras de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI se mueven en la correlación dinámica: incremento de la producción/acumulación de capital-incremento de la demanda intensiva de recursos naturales. Si la completitud del mapa político internacional y de los mercados de colocación de mercancías desde finales del siglo XIX ha producido dos guerras mundiales y decenas de conflictos entre Estados con y sin autorización de Naciones Unidas y del derecho internacional; en la actualidad, en razón de la correlación anterior, es posible pensar en el incremento paulatino de los conflictos militares y por ende, de la guerra total, el terror de Estado y la excepcionalidad como tridente político de vigilancia-control-represión internacional y el motivo de la seguridad nacional como basamento ideológico del mismo.

De esta manera y ante la configuración de un nuevo escenario planetario de conflicto surge desde el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos el documento titulado *Defense Planning Guidance*, que abarca el periodo 1994-1999, donde se establece la creación de "... una democrática "zona de paz" (Consejo Nacional de Seguridad; 1992: 2) gracias al "triumfo" obtenido por Estados Unidos sobre la Unión Soviética e Irak.



En sentido estricto, una zona de paz presupone una zona exterior de guerra de la cual distanciarse, por ende, de la necesidad manifiesta de estrategias y recursos de seguridad hacia el interior que impondrían no la paz, sino la suspensión virtual de la guerra (el contenido ideológico es distinto en el uso de los vocablos), y de una plataforma de defensa hacia el exterior donde proyectar, sostener y resguardar dicha zona.

Lo anterior se evidencia a través de los cuatro objetivos planteados en el documento, que en síntesis esgrimen: 1) disuadir o derrotar cualquier ataque contra Estados Unidos, sus ciudadanos y fuerzas, así como al honor de los históricos compromisos tratados; 2) fortalecer y extender el sistema de defensa construyendo hábitos de cooperación, evitando la renacionalización de las políticas de seguridad [todos los Estados democráticos de la zona de paz tendrían que seguir esta política de seguridad] y proveer recursos de seguridad a bajos costos; 3) imposibilitar cualquier poder que pueda dominar una región crítica para los intereses estadounidenses, donde dicha región incluye Europa, Este de Asia, Medio-Este/Golfo Pérsico y América Latina y por último, 4) fomentar la propagación de gobiernos democráticos y de economía abierta, des-fomentar la tecnología destructiva (especialmente armas).

Se muestra con claridad que los intereses de seguridad regional estadounidenses se fundamentan en la intención expansionista de su modelo de dominación económico-político en todo el orbe; donde, la noción de seguridad desempeña el papel de elemento legitimador. El documento en particular posee una característica de suma importancia, en la medida que constituiría el marco de previsión y planificación de la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002, también denominada oficialmente Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo:

We are building defense forces today for a future that is particularly uncertain, given the magnitude of recent changes in the security environment. Fundamentally, we are striving to provide a future President with the capabilities five, ten or fifteen years from now to counter threats or pursue interests that cannot be defined with precision today.⁴¹ (Consejo Nacional de Seguridad, 1992: 5)

41 Traducción libre por el autor: Estamos construyendo las fuerzas de defensa hoy para un futuro que es particularmente incierto, dado la magnitud de los cambios recientes en el entorno de seguridad. Fundamentalmente, nos estamos esforzando para proporcionar un futuro Presidente con las capacidades de cinco, diez o quince años a partir de ahora para hacer frente a las amenazas o perseguir intereses que no se pueden definir con precisión hoy.



El párrafo expresa una contradicción: ¿cómo anticipar las medidas a aplicar ante la incertidumbre de los escenarios futuros?, la respuesta del documento que es también la respuesta históricamente efectiva, se basa en la guerra y la política terror de Estado (que en términos oficiales se hace llamar guerra global contra el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado) en los ámbitos nacional e internacional:

Our tools include political and economic measures and other such as security assistance, military-to-military contacts, humanitarian aid and intelligence assistances, as well as security measures to prevent the emergence of a nondemocratic aggressor in critical regions.⁴² (Consejo Nacional de Seguridad, 1992: 7)

El carácter preventivo frente a la incertidumbre se sigue aquí de la anticipación de los escenarios y recursos políticos, militares y económicos necesarios para el sostenimiento del sistema de dominación y por tanto de la guerra-terror que presupone dicho sistema. Aun no existiendo un conflicto fáctico, la guerra-terror es permanente en el capitalismo

como he señalado ya, debido al carácter crítico inmanente del propio sistema.

Samuel P. Huntington, uno de los principales ideólogos de este proceso, presenta una especie de mapa de los peligros que enfrenta Estados Unidos en la carrera por sostener el lugar del *hegemón* mundial:

Los analistas militares presentan un abanico de violencia que va, desde una guerra de muy baja intensidad como el terrorismo y la guerra de guerrillas esporádicas, hasta guerras amplias que suponen fuerzas convencionales en gran escala y la guerra nuclear, pasando por guerras más limitadas. Históricamente, el terrorismo es el arma de los débiles, es decir, de quienes no poseen poder militar convencional. (Huntington, 2011: 249)

Las guerras amplias con fuerzas convencionales estarían reservadas para potencias emergentes como China y Rusia, quienes comenzaron una significativa industria nuclear-armamentística, y en un grado inferior con Corea del Norte. Sin embargo, la tesis de que en ciertos países haya peligro de que el terrorismo/guerra de guerrillas pueda emerger, debería orientar a Estados Unidos a convertirlos en enemigos, debido a que: “Tomados por separado, el terrorismo y las armas nucleares son las armas de los

42 Traducción libre por el autor: Nuestras herramientas incluyen medidas políticas y económicas y otras tales como la asistencia de seguridad, los contactos entre militares, la ayuda humanitaria y asistencia en inteligencia, así como medidas de seguridad para evitar la aparición de un agresor no-democrático en regiones críticas.



débiles no occidentales. Si se combinan ambas los débiles no occidentales serán fuertes.” (Huntington, 2011: 250)

Las invasiones a Afganistán (2001) e Irak (2003) entrecruzaban ambos elementos; mientras que en América Latina y fundamentalmente en Centroamérica y Colombia a partir de la experiencia de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), con el recuerdo presente de Cuba, la paranoia antiterrorista en la región cobra un significado mayor y por ende, la necesidad de regular y vigilar dicha zona.

Es por esta razón que en el inicio del nuevo milenio, antes de la declaratoria de la Guerra Global contra el Terrorismo, las condiciones de posibilidad sobre la existencia de la región mesoamericana (desde México hasta Colombia) habían sido introducidas en una política de guerra-terror en potencia, que para los países de la región se hizo explícita en 1999 con la firma del Plan Colombia y la consecuente militarización para el control de la región.

Esto, precisamente, porque en 1994 es enunciado el elemento integrador de la agenda económica y político-militar de la estrategia de seguridad de la década de los noventa y el nuevo milenio de Estados Unidos para la región: “Pero más estremecedor es que el secretario de Defensa desde 1994 haya venido insistiendo en la necesidad de “complementar” el TLCAN con una “integración militar” para América del Norte y el hemisferio occidental.” (Saxe-Fernández, 2001: 25). La zona de paz es por tanto también una zona de libre comercio, o dicho en las palabras de Petras y Veltmeyer (2004): “Existen pocas dudas de que el imperio económico global estadounidense ha tenido, desde hace mucho tiempo y a gran escala, una relación positiva con el imperio militar estadounidense.” (p. 58)

Lo que no significa que existe una simetría perfecta dentro de esta correlación. La crisis financiera global del capitalismo se extendió a lo largo de esta década como señalan Petras y Veltmeyer (2003), iniciando en México en 1994, pasando por Rusia y la mayor parte de los países del *milagro asiático* en 1997 (Japón, Hong Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur), hasta llegar a Brasil y Argentina, los países de África subsahariana y el propio Estados Unidos en el año 2000.



Más estremecedor es que durante esta década la estrategia político-militar se camuflara como señalan Petras y Veltmeyer (2002), con una campaña de “re-democratización” financiada por el *National Endowment Democracy* y difundida por los políticos de la Nueva Derecha de América Latina: Menem, Cardoso, Sánchez de Lozada, Sanguinetti y Zedillo; pero también por las oligarquías centro-americanas que mantuvieron su poder intacto durante los noventa y el nuevo milenio como señalé anteriormente.

Dicha estrategia se encuentra en la sección dedicada a América Latina y el Caribe del ya citado documento *Defense Planning Guidance*, donde Estados Unidos se adjudica un extraordinario progreso democrático durante la última década que contribuye a la mantención del clima de seguridad; pero inmediatamente se advierte que el tráfico de drogas será una prioridad de atención y con ello, la intervención militar en la región mesoamericana.

En 1997, bajo la segunda administración presidencial de Bill Clinton, las FARC son declaradas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como una organización extranjera narcoterrorista dentro del *Antiterrorism and Effective Death Penalty Act*, designación ratificada el 02 de noviembre del 2001 en la primera administración presidencial de George W. Bush, bajo Orden

Ejecutiva 13224. Como bien señalan Petras y Veltmeyer (2003):

Todos los presidentes-peones del hemisferio se han alistado en la cruzada antiterrorista, y las FARC/ELN fueron señaladas como terroristas por parte del imperio. Un éxito militar en Colombia acelerará y estimulará la conquista y la colonización militar de América Latina [...] (p. 60)

Dicha designación es fundamental pues es la que denomina el contenido axial de la política de terror de Estado y Guerra Total implementada en Mesoamérica después del año 2002, en cuanto la lucha contra el narcotráfico, el terrorismo y el crimen organizado, se articulan en la región de manera indiscriminada y arbitraria en razón de la defensa de la seguridad nacional de Estados Unidos. La razón de dicha unificación corresponde a que:

...el narcotráfico estaba enlazado con las redes internacionales de poder político a través del financiamiento de operaciones ilegales y encubiertas de la CIA en distintas partes del planeta. Estas son algunas razones por las que el enemigo necesario para librar una “guerra” global y sostenida debía construirse paulatinamente en otra dirección y fue orientándose hacia la construcción del peligro terrorista. (Calveiro; 2012; 71)



Por ello es que, el narcoterrorismo puede ser concebido como el enemigo fuerte de Huntington para el caso mesoamericano (la transformación-ampliación de la concepción espacial de la región permite a su vez reforzar este imaginario), y, aún cuando se ha demostrado la ineficacia de esta guerra, el narcoterrorismo sigue siendo combatido a través de financiamiento militar siguiendo la idea implantada desde 1988 en los documentos de Santa Fe, porque permite mantener el dominio-vigilancia-control sobre Mesoamérica y por tanto, la posibilidad de explotación de los recursos naturales y fuerza de trabajo de esta importante región.

El cómo en lo político y económico en el marco de la Guerra Global contra el Terrorismo el gobierno estadounidense ha reconfigurado las dimensiones espaciales de la región a lo largo del nuevo milenio, será abordado en una reflexión siguiente, derivada del mismo proceso de investigación que dio por resultado este artículo. Resta, por ahora, destacar algunas conclusiones preliminares.

Conclusiones

Aunque la Guerra Global contra el Terrorismo fue declarada en el año 2002 por la administración de George W. Bush, justificando el inicio de la misma (la invasión a Afganistán y luego a Irak) por medio de

los atentados al *World Trade Center* y el Pentágono en septiembre del 2001; existe suficiente evidencia para demostrar que esta fue planificada desde finales de la década de los ochenta como necesidad del capitalismo para contener su crisis estructural.

El principal problema que enfrenta el capitalismo en su fase actual refiere precisamente al carácter cada vez más prolongado de sus crisis estructurales, poniendo entre signos de pregunta las antiguas interpretaciones de ciertos marxismos de los “ciclos”, para en su lugar, denotar una tendencia a la permanencia.

Frente a esto, la economía de guerra surge como única opción de los sectores dominantes que dirigen el sistema, ante la imposibilidad real del mismo de generar soluciones a lo interno de su propia dinámica de relaciones. Las consecuencias de sostener este tipo de acciones y estrategias conducen a una guerra que se ha diseñado sin límites de tiempo y espacio.

Si bien el epicentro más reconocido y de mayor devastación actual a causa de esta guerra se encuentra en medio oriente; la región mesoamericana, que he establecido aquí como el territorio que se comprende desde México hasta Colombia, cobra una doble relevancia en este proceso:



En primer lugar, la reactualización de la estrategia de dominación sobre América Latina una vez ultimado el colapso soviético, en cuanto zona de suma importancia para la manutención de Estados Unidos como *hegemon* mundial por su posición geoestratégica y su riqueza en recursos naturales.

En segundo lugar, el escenario que reúne las condiciones de posibilidad para constituir el principal enemigo total: el narcoterrorismo; por medio del cual, Estados Unidos justifica la creación y ejecución de medidas de presión diplomáticas, políticas, económicas y militares, ahogando consecuentemente cualquier foco de resistencia u oposición en los territorios más próximos a sus fronteras y evitando así, la experiencia de movimientos revolucionarios como los del siglo anterior.

De esta manera, Mesoamérica se convierte en uno de los objetivos fundamentales de geoestrategia contemporánea estadounidense para enfrentar su crisis económica cuasi-permanente, sus problemas fiscales y de deuda interna, la competencia económica con China y militar con Rusia y el derrocamiento de los gobiernos de corte reformista que ascendieron en gran parte de los países suramericanos a inicios del nuevo milenio.

Referencias bibliográficas

- Bouchez, F., Fontainte, R., Jordan, D., Summer, G., Lewis E., y Docsai, R. (1980). *Santa Fé I*. Recuperado (martes 20 de agosto, 2013) de: <http://www.google.co.cr/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=3&ved=0CDsQFjAC&url=http%3A%2F%2Fwww.offnews.info%2Fdownloads%2Fsanfafe1.PDF&ei=swMUUrLbEaOO2wXGroHADA&usg=AFQjCNGrJ6QmPo405SF5105YM5WTPnk3fQ&sig2=6iELR6zj3Ys6dW9x3HK3pw&bvm=bv.50952593,d.aWc>
- Bouchez, F., Fontainte, R., Jordan, D., Summer, G., (hijo). (1988). *Santa Fé II*. Recuperado (martes 20 de agosto, 2013) de: http://www.google.co.cr/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=0CDYQFjAB&url=http%3A%2F%2Fwww.offnews.info%2Fdownloads%2Fsanfafe2.PDF&ei=kDYWUo2dL4rc8wTq04G4DA&usg=AFQjCNHnflv3PCivvhHshuEouvXXHzm8BQ&sig2=d4aRrgYZVNnIKyWb_Eb79g&bvm=bv.51156542,d.eWU



- Bowden, M. (2001). *Matar a Pablo Escobar*. Barcelona: RBA Libros.
- Calveiro, P. (2012). *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen organizado como medios de control global*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Comisión Kissinger. (1984). *Informe de la Comisión Nacional Bipartida sobre Centroamérica*. Ciudad de México: Editorial Diana.
- Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. (1992). *Defense Planning Guidance*. Washington D.C.
- Dierckxsens, W. (1994). *De la Globalización a la Perestroika occidental*. San José: Departamento Ecu­ménico de Investigaciones.
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hinkelammert, F. (1988). *La deuda externa de América Latina*. San José: Departamento Ecu­ménico de Investigación.
- Huntington, S. (2011). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Editorial Paidós Surcos.
- Locke, John (2012). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*. Madrid: Alianza Editorial.
- Núñez, O. y Saxe-Fernández, J. (2001). *Globalización e imperialismo: la transferencia de excedentes de América Latina*. En: Núñez, Omar; Petras, James; Saxe-Fernández, John y Verltmeyer, Henry. *Globalización, imperialismo y clase social*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Petras, J. y Veltmeyer, H. (2002). *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desenmascarada*. Madrid: Editorial Popular.
- (2003). *Un sistema en crisis. La dinámica del capitalismo de libre mercado*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- (2004). *Las dos caras del imperialismo. Vasallos y Guerreros*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

